

nos : supo apropiarse el pensamiento de san Gregorio VII y darle inagnífico desarrollo : hallando nosotros á tres siglos de distancia los mismos principios que habian servido de base á Gregorio VII y á Silvestre II. Esta unidad maravillosa imprime en el pontificado un carácter de grandeza á que no ha podido llegar ninguna institucion humana. La forma de los gobiernos pasa con los hombres : el pensamiento inmutable de Dios queda solo de pié, y su reflejo ilumina al poder pontifical, despues de diez y ocho siglos. El modo de juzgar la historia de los papas es mostrar la sucesion admirable en los hombres, en los hechos y en los principios. Cuanto mas grande es un papa por su carácter, tanto mas ha sabido continuar la obra de sus antecesores ; y en esta regla se cifra la verdadera gloria de Inocencio III. Desarrollar en el seno de la Iglesia el espíritu de fe y de piedad por la disciplina y leyes conónicas ; hacer inpediente la potencia espiritual de los lazos y trabas del poder temporal ; llevar, por medio de las cruzadas, la civilizacion cristiana al Oriente : hé aquí el triple pensamiento que dirigió constantemente sus actos, y que le ha dado tanta gloria.

CAPITULO IX.

SUMARIO.

§ I. PONTIFICADO DE HONORIO III (18 de julio de 1216-18 de marzo de 1227).

1. Estado del Oriente al advenimiento de Honorio III. — 2. Quinta cruzada. — 3. Honorio III se declara protector de Enrique II, rey de Inglaterra. — 4. Continuacion de la cruzada contra los Albigenses por Luis de Francia, hijo de Felipe Augusto. — 5. Inquisicion. — 6. Muerte de Felipe Augusto. Luis VIII, su hijo, prosigue la guerra contra los Albigenses. San Luis. — 7. Fin de la guerra contra los Albigenses. — 8. Muerte de Honorio III. Santos de esta época.

§ II. PONTIFICADO DE GREGORIO IX (18 de marzo de 1227-21 de agosto de 1241).

9. Federico II, emperador de Alemania. — 10. Sexta cruzada. — 11. Gregorio IX declara á Federico privado del trono. El emperador se somete y hace paces con el pontifice. — 12. Diversos trabajos del pontificado de Gregorio IX. — 13. Nuevas hostilidades contra la Santa Sede por Federico II. Gregorio IX le excomulga segunda vez. Muerte de este papa.

§ III. PONTIFICADO DE CELESTINO IV (octubre de 1241-noviembre 1241).

14. Eleccion y muerte de Celestino IV.

§ IV. PONTIFICADO DE INOCENCIO IV (24 de junio de 1243-7 de diciembre de 1254).

15. Primeras relaciones de Inocencio IV y Federico II. El papa, amenazado en su libertad, se refugia en Lyon. — 16. Décimotercero concilio general, primero de Lyon. — 17. Gengiskan. Oktai. — 18. Circunstancias que determinaron la séptima cruzada, y su mal resultado. — 19. Pastoureaux. — 20. Diversos trabajos del pontificado de Inocencio IV. Muerte de este papa. — 21. Santos de su época.

§ V. PONTIFICADO DE ALEJANDRO IV (25 de diciembre de 1254-25 de mayo de 1261).

22. Lucha entre Alejandro IV y Manfredo, regente, y luego rey de Sicilia. — 23. Rebelion en Roma. Alejandro IV se refugia á Viterbo. — 24. Carta constitucional de la Prusia, promulgada por Jaime Pantaleon, legado apostólico. — 25. Inquisicion en Francia. — 26. Lucha de la Universidad de París contra los Dominicos y Franciscanos. — 27. Rogerio Bacon, Alejandro de Hales, Juan Duns Escoto, san Buenaventura, Vicente Belovacense. Alberto Magno. Santo Tomás de Aquino. — 28. Muerte de Alejandro IV.

§ VI. PONTIFICADO DE URBANO IV (29 de agosto de 1261-2 de octubre de 1264).

29. Carta de Urbano IV á Jaime II, rey de Aragon. — 30. El papa ofrece el trono de Sicilia á Carlos de Anjou. — 31. Institucion de la fiesta del Santísimo Sacramento. Muerte de Urbano IV.

§ VII. PONTIFICADO DE CLEMENTE IV (5 de febrero de 1265-29 de noviembre de 1268).

32. Clemente IV hace coronar á Carlos de Anjou, rey de Sicilia. — 33. Juicio y muerte de Conradino — 34. Muerte de Clemente IV. *Pragmática sancion*. Libertades de la Iglesia galicana.

§ VIII. VACANTE DE LA SANTA SEDE (29 de noviembre de 1268-15 de setiembre de 1271).

35. Octava y última cruzada. Muerte de san Luis. — 36. Fin de la última cruzada. Los cristianos son expulsados de la Palestina. — 37. Juicio de las cruzadas.

§ IX. PONTIFICADO DE GREGORIO X (1º de setiembre de 1271-10 de enero de 1276).

38. Proyecto de cruzada por Gregorio X. Tentativas para la reunion de la Iglesia griega. — 39. Décimocuarto concilio general en Lyon. — 40. Órdenes de los Carmelitas, Servitas, Celestinos, aprobados por el décimocuarto concilio ecuménico. — 41. Cesión del condado Venesino, en favor de la Santa Sede, por Felipe el Atrevido. — 42. Rodolfo de Habsburgo, emperador de Alemania. — 43. Muerte de Gregorio X.

§ X. PONTIFICADO DE INOCENCIO V (21 de enero-22 de junio de 1276).

44. Eleccion y muerte de Inocencio V.

§ XI. PONTIFICADO DE ADRIANO V (4 de julio-18 de agosto de 1276).

45. Eleccion y muerte de Adriano V.

§ XII. PONTIFICADO DE JUAN XXI (13 de setiembre de 1276-16 de mayo de 1277).

46. Eleccion y muerte de Juan XXI.

§ XIII. PONTIFICADO DE NICOLAO IV (25 de noviembre de 1277-22 de agosto de 1280).

47. Animosidad de las poblaciones griegas contra el tratado de Union. — 48. Muerte de Nicolao IV.

§ XIV. PONTIFICADO DE MARTINO IV (22 de febrero de 1281-28 de marzo de 1285).

49. Tratado de Martino IV con el pueblo de Roma. — 50. Visperas sicilianas. — 51. Advenimiento de Andrónico al trono de Constantinopla.

§ XV. PONTIFICADO DE HONORIO IV (2 de abril de 1285-3 de abril de 1287).

52. Eleccion y muerte de Honorio IV.

§ XVI. PONTIFICADO DE NICOLAO V (15 de febrero de 1288-4 de abril de 1292).

53. Eleccion y muerte de Nicolao V.

§ XVII. PONTIFICADO DE SAN CELESTINO V (7 de julio-13 de diciembre de 1294).

54. Eleccion y abdicacion de san Celestino V.

§ I. PONTIFICADO DE HONORIO III (18 de julio de 1216-18 de marzo de 1227).

1º. El pontificado supremo habia llegado á ser como centro del universo : y si era la mas alta dignidad, era tambien de la

mas temible responsabilidad. El cardenal Cencio Savelli, elegido papa bajo el nombre de Honorio III, dos dias despues de la muerte de Inocencio, se mostró digno de tal herencia, y se esmeró en seguir las huellas de su augusto antecesor. A su voz la Europa se levantó de nuevo para la quinta cruzada. El jóven Federico II habia ido, en 1221, á Roma para recibir de manos de Honorio III la corona imperial. Prometió en el juramento de la consagracion tomar la cruz y volar al socorro de la Palestina; mas olvidó muy pronto su promesa. El pupilo de la Iglesia romana pensaba ya desde entonces volver contra su madre adoptiva el poder que de ella habia recibido. El imperio latino de Constantinopla no podia prestar socorro alguno á la expedicion de la Palestina; porque los caballeros de Occidente, que lo habian fundado, estaban sobrado ocupados en mantenerlo contra la perfidia de los Griegos, y contra las invasiones de Joanice, rey de los Búlgaros. Balduino I, preso por este bárbaro, habia renovado la heroica castidad de Joseph, y habia muerto con horrorosos suplicios. Le sucedió su hermano Enrique de Hainaut, que murió envenenado en 1216. Fué ofrecida la corona imperial á Pedro de Courtenay, conde de Auxerre, casado con la princesa Violante, hermana de Enrique de Hainaut. Este príncipe, por sus parentescos y alianzas, era uno de los mas poderosos señores de la cristiandad. Era primo hermano de Felipe Augusto, rey de Francia; é hijo de Pedro, hijo de Ludovico el Craso. Habia casado á su hija, llamada Violante como su madre, con Andrés, rey de Hungría. Pedro de Courtenay se hizo consagrar en Roma por Honorio III el 9 de abril de 1217, y salió, acompañado del legado apostólico Juan de Colonna, á tomar posesion de su nuevo imperio. Al pasar los montes de Albania fué hecho prisionero por las tropas de Teodoro, *déspota* de Epiro, y murió en cadenas. Roberto de Courtenay, su hermano, le fué dado por sucesor, y se hizo coronar en Santa Sofía el 25 de marzo de 1221. En medio de tantas vicisitudes, y hecho continuamente blanco de los ataques de Teodoro Lascaris y de David Comneno, los dos emperadores griegos de Nicea y Trebisonda, Roberto de Courtenay no

podía alejar sus fuerzas para una expedición en Palestina. Constantinopla había sido tomada un siglo más tarde de lo que debiera haber sido tomada. Si los soldados de Godofredo de Bouillon, en 1097, hubieran seguido el consejo de Jofredo, obispo de Langres, hubieran asegurado definitivamente el buen éxito de las cruzadas.

2. Predicando la quinta expedición de este género, Honorio III no tenía en mano tantos elementos de éxito como antes. Federico II, á pesar de su juramento, renovado en manos del papa en Ferentino, año de 1222, pensaba, más bien que en la cruzada, en la realización de una monarquía universal, proyecto muy arraigado en los ánimos de la familia de Hohensaufen. Felipe Augusto era ya soldado anciano para exponerse á los azares de una lejana guerra. Enrique III, que acababa de suceder á Juan Sin-Tierra en el trono de Inglaterra, solo tenía doce años, y le era necesario defender á su reino contra las pretensiones hostiles de la Francia. La España tenía su cruzada permanente, y aun llamaba á los caballeros del norte de Europa para que le ayudasen á reconquistar Alcazar (año 1217). Los nuevos cristianos de Prusia y de la Livonia harto tenían que hacer para tener á raya á los paganos, que les atacaban y perseguían. Estas cruzadas parciales de Europa, en España contra los Moros, en Francia contra los Albigenses, y en el Septentrion contra los paganos, y además las luchas intestinas entre los mismos príncipes cristianos, impidieron al Occidente tomase en la quinta cruzada una parte tan activa como en las anteriores. Andrés de Hungría fué el solo rey que respondió al llamamiento del papa. La cruzada fué predicada en la Dalmacia, Croacia, Bosnia y Galitzia, provincias nuevas en el cristianismo. Gentes numerosas, errantes por los bosques, oyeron los llantos de Sion y juraron combatir á los infieles. Los guerreros semi-bárbaros de la Hungría, que medio siglo antes habían sido terror de los compañeros de Pedro el Ermitaño, se apresuraban á tomar la cruz y siguieron á su monarca á la Tierra Santa. Acompañado de los duques de Baviera y de Austria, Andrés fué á embarcarse en Espalatro, donde le aguardaban ba-

jeles de Venecia, Zara, Ancona y otras ciudades del Adriático. Hugo de Lusignan, rey de Chipre, se le reunió con sus tropas, y ambos se juntaron con Juan de Brienne rey de Jerusalem⁽¹⁾, delante de San Juan de Acre ó Ptolemáida, sitiada entonces por los caballeros latinos que quedaron en Palestina después de la cuarta cruzada. Pero después de haber dado á los cristianos de Oriente esperanza fundada de salvación, Andrés dejó inopinada y súbitamente á sus compañeros por tener que volver á su reino, en donde se le sublevaron los magnates: por otra parte, Hugo murió repentinamente. Sin embargo no se desanimó Juan de Brienne, sino que concibió el atrevido proyecto de mudar el centro de la guerra, yendo á atacar al sultán de Egipto, Sapheddin, en sus mismos Estados. Esta resolución, de muy hábil política, podía cambiar la faz de la guerra y restablecer en el trono de Jerusalem á su rey nominal. Hacia entrar á las cruzadas en una nueva senda; y si hubiese salido bien, mucho tiempo há que el islamismo no existiera sino en la historia. Llenos de entusiasmo, los cristianos levantan el sitio de Ptolemáida, se embarcan para Egipto y desembarcan bajo los mismos muros de Damietta. Numerosos refuerzos les llegaron de Italia, Francia é Inglaterra bajo la dirección de los cardenales Roberto de Courson, y Pelagio, legado de Honorio III. Se tomó la ciudad después de heróicos esfuerzos y diez y siete meses de resistencia. Pero los cristianos, al entrar en la ciudad, solo hallan míseros restos del hambre y la peste. En muy breve tiempo llegan, sin desenvainar la espada, al otro extremo del Delta: los Sarracenos, fortificados en la orilla opuesta del Nilo, temían con razón, á pesar de la habilidad y valor de su general Medelin Melek-el-Kamel, primogénito de Sapheddin. Sin la repugnancia de los cruzados á tratar de ajuste con los infieles, Juan de Brienne hubiera podido lograr entonces la restitución de Jerusalem. La época de la inundación anual del Nilo sorprendió al ejército latino en imprudente

(1) Después de la toma de Jerusalem, á Guido de Lusignan, le sucedieron, en 1194, Henrique II, conde de Champaña; en 1206, Amauri de Lusignan; y en fin Juan de Brienne, en 1209.

inaccion. Abrumados á la vez por la inundacion y el hambre, los cristianos se vieron obligados á estipular paz con su enemigo. San Francisco de Asis habia venido á Egipto, esperando convertir con la persuasion á los que combatian los cruzados con las armas. El día anterior á la última batalla, le habia dado á conocer la derrota de los cristianos una revelacion divina. Francisco comunicó dicha revelacion á los generales cristianos, que le escucharon con indiferencia. Descontento de los cruzados y devorado de celo por la casa de Dios, concibió el proyecto de hacer triunfar la fe con las solas armas del Evangelio. Se avanzó pues, solo, y entró en el campo del enemigo, y se dejó prender por los soldados sarracenos, que le condujeron inmediatamente al sultan. « Dios me dirige á vos, » le dijo el santo á este, para mostraros el camino de salvacion. » Despues de estas palabras, el santo exhortó á Melek-el-Kamel á abrazar el Evangelio. Desafió en su presencia á todos los doctores musulmanes, y propuso arrojarse en una hoguera encendida para confundir la impostura, y probar la verdad de la religion cristiana. El sultan, admirado de tanto celo y virtud, despidió cortesmente al fervoroso predicador, el cual no obtuvo lo que tanto deseaba: ó la conversion del sultan ó la palma del martirio. Melek-el-Kamel, triunfante cuando se creia perdido, se mostró generoso con los cristianos. Devolvió á los prisioneros, y el resto del ejército pudo regresar á la Palestina en el mismo año 1222. Juan de Briena regresó á Europa; y casó á su hija Violante con el emperador Federico II, al cual cedió su título de rey de Jerusalem. Así acabó la quinta cruzada, dejando solamente tristes recuerdos á la Europa. Con todo el entusiasmo que impelia á los cristianos de Occidente hácia aquellas gloriosas expediciones, sobrevivió á la indiferencia de los príncipes y al relato de tantos descalabros. Los primeros años del siglo XIII vieron lo que aun no se habia visto en aquellos tiempos tan fecundos en prodigios y acontecimientos extraordinarios. Cincuenta mil muchachos, zagales de poca edad, de Francia y Alemania, se agavillaron en tropas, y recorrían las ciudades y campos cantando: « Señor

» Nuestro, divino Jesús, volvednos nuestra santa Cruz. » Cuando se les preguntaba á dónde iban ó qué querían hacer: « Vamos, respondian, á Jerusalem para libertar el sepulcro » del Salvador. » Gran parte de esta novel milicia atravesó los Alpes en 1212 para embarcarse en los puertos de Italia. ¡ Prueba sublime de su fe, pero que la Providencia no dispuso quedaran satisfechos! Muchos se extraviaron en las selvas, y perecieron de hambre, sed ó cansancio. Entre los que se embarcaron, algunos hicieron naufragio, ó fueron entregados á los Sarracenos, á quienes iban á combatir. Otros fueron martirizados, y dieron á los infieles el espectáculo de la firmeza y valor que inspira la religion cristiana aun á los de tierna edad.

3. Entretanto, no habian cesado las hostilidades entre Francia é Inglaterra al advenimiento de Enrique II, rey niño, que el día de su consagracion solo tenia por apoyo dos obispos y tres barones: el resto de los caballeros ingleses se unió al ejército de Luis de Francia, que de hecho se hallaba dueño de casi toda Inglaterra. Pero el huérfano real tenia un protector y un padre en la persona del soberano pontífice. La Iglesia, es verdad, habia excomulgado á su padre; y habia fulminado sus rayos espirituales contra un reo. Pero el hijo de Juan Sin-Tierra era inocente; y la Iglesia tomó en manos su causa y la hizo triunfar á los ojos de la Europa á pesar de sus enemigos. Nunca faltó el pontificado á tan noble mision. San Gregorio VII habia educado á Enrique IV; Inocencio III habia sido el tutor de Federico II; Honorio III, al subir á la silla de san Pedro, escribió lo siguiente á los barones ingleses: « La ley de Cristo » no permite que el hijo lleve la pena de las faltas de su padre. » Toda rebelion contra el huérfano seria traicion infame. La » religion, la conciencia y el honor os imponen el deber de » reconciliaros con el jóven rey: su edad es prueba con- » cluyente de su inocencia. » Al propio tiempo envió embajadores á Luis de Francia, diciéndoles: « Intimadle, por auto- » ridad de la Silla apostólica cese una guerra que no tiene ya » objeto plausible. El huérfano Enrique II es en adelante pu- » pilo de la Santa Sede. Si Luis de Francia continúa atacán-